

«¡ El chaval! — ¡ el chaval! » decía entre sí,  
« Meterle mano, que mejor gazapo  
» No ha regalado el Líbano al Buchí (1);  
» Vamos con él á quién es el más guapo »:  
Y cuando vió que el mozo hecho un zahorí  
Camina viento en popa á todo trapo,  
Y aprende á hablar, y en ardimiento crece,  
Y hacerse un hombre de provecho ofrece;  
Fundó esperanzas el astuto viejo,  
Y comenzó á formarle á su manera,  
Y le oyó el jóven con sagaz despejo  
Y con más atención que conviniera.  
A él y á nadie más pide consejo,  
Sometida al talento su alma fiera;  
Que en las cosas del mundo el viejo es ducho,  
Y el candoroso Adan le tiene en mucho.  
Su observancia profunda y su experiencia  
Ha reducido á máximas la vida;  
Es cada frase suya una sentencia,  
Cada palabra una ilusion perdida.  
Torpe y lento en hablar, vierte su ciencia  
En truncados periodos sin medida;  
Más en su gesto su intencion marcada  
Que en el valor de la palabra hablada.  
Como entreabierta garra alza la mano  
Siempre de quite al frente el movimiento,  
Y habla gruñendo como perro alano  
Con ojos de traves y sordo acento.  
Sobre la frente el pelo roji-cano,  
La barba sobre el pecho, al mozo atento,  
Que su doctrina codicioso espera,  
Una noche le habló de esta manera:

(1) *El Escribano al verdugo* en la jerga de la cárcel.

Hijo mio, pocos años  
Me quedan ya que matar,  
Porque á mí me han de acabar  
La *viuda* (1) ó mis desengaños.  
A tí mañana, á mí hoy;  
Yo soy punta y tú eres mango;  
Este mundo es un fandango:  
Tú vienes y yo me voy.  
Mira, de nadie te fies;  
Hijo Adan, vive en acecho;  
Lo que guardes en tu pecho  
Ni aun á tí mismo confies.  
La gente... no hay un amigo:  
Al que cae, la caridad...  
De una mala voluntad  
Tienes un falso testigo.  
Si *mojas* (2) á alguno, cuida  
De endiñarle al corazon...  
No se olvida una intencion  
Y un beneficio se olvida.  
Eres mozo, al mundo sales;  
De los montes se hacen llanos;  
Buena suerte y muchas manos,  
Y callar y vengán males.  
A malos trances, más bríos.  
Como la mar es en suma  
El mundo; pero en su espuma  
Se sustentan los navíos.  
Las mujeres... la mejor  
Es una *lumia* (3); en el suelo,  
El diablo no tiene anzuelo

(1) *Viuda*, la horca.

(2) *Mojas*, dar de puñaladas.

(3) *Lumia*, mujer de mala vida, ramera.

Más seguro ni peor.  
Ellas te chupan el jugo  
Y te espantan los *parnés* (1);  
Cuando carne comer crees,  
Estás comiendo besugo.  
El hombre aquí ha de enredar  
Sin que le enrede el enredo;  
Tú no te chupes el dedo,  
Que no hay que pestañear.  
Mala siembra, mala siega:  
Nada me va, nada sé;  
Quien más mira, menos ve,  
Y dí la verdad, Juan Niega.  
Esto es negro para tí;  
Pero ya lo entenderás,  
Y acaso te acordarás.  
Cuando lo entiendas, de mí.

Poco en verdad el candoroso mozo  
De tan profundas máximas comprende,  
Con tal misterio y maleante embozo  
Hablándole de un mundo que no entiende:  
Y al traves de su rústico rebozo  
Si el sentido tal vez sagaz trasciende  
De alguna frase, en su confuso empeño  
Cuanto adivina le parece un sueño.

Un mundo que una luz pura ilumina,  
Que viste y cubre un tan hermoso cielo,  
¿Mansion habrá de ser donde camina  
El hombre siempre con mortal recelo?  
¿Y será la mujer, creación divina,  
Vida del alma y generoso anhelo,

(1) El dinero.

Brillante de placer y de hermosura,  
Enemiga también, también impura?...  
¿Será del hombre el hombre el enemigo,  
Y en medio de los hombres solitario,  
Él, su sola esperanza y solo amigo,  
Verá en su hermano su mayor contrario?  
¿Grillos, cadenas, hambre y desabrigo  
Siempre serán el lúgubre sudario  
Que vista, al entregarle á su abandono,  
El hombre al hombre en su implacable encono?  
¿Será tal vez que en bandos dividida,  
Lucho furiosa en obstinada guerra  
La raza de los hombres fraticida  
Alterando el reposo de la tierra?  
¿Qué brazo audaz que justo se apellida  
Contra su voluntad allí le encierra?  
¿Quién llama criminal á aquella gente  
A quien oye decir que es inocente?  
Y él, que recuerda como un sueño apenas  
De su vida el primer dulce momento,  
¿Por qué á vivir en ásperas cadenas  
Vino, y cruel con bárbaro tormento  
El hombre de dolor las manos llenas  
En su inocencia lo arrojó violento,  
Castigando con grillos y prisiones  
El natural vigor de sus pasiones?  
Estas y otras reflexiones rudas  
Hierven en su ofuscada fantasía,  
Como aparece entre las sombras mudas  
Incierto rayo de la luz del día.  
Turbio su juicio, amontonando dudas,  
Sin fórmula vagando en la sombra  
Nube que de su mente está cubierta,  
Ni acierta á hablar, ni á preguntar acierta.  
Tosió entre tanto su mentor, que arrancó

Del pulmon á pedazos su catarro,  
Y remoja la voz, que se le atranca,  
Sorbiéndose de vino medio jarro.  
De un negro torcidon como una tranca  
Pica, lia y enciende su cigarro,  
Chupa y empuja con la uña el fuego,  
Y en su discurso así prosiguió luégo:

¿Tú que has hecho? no has salido,

*Chibato* (1), del cascaron :

Sin razon ó con razon

A la sombra te han traído.

Es sino de criaturas :

No te gruñirá el *bari* (2);

A mí me tienen aquí

Un *chota* (3) y más desventuras.

Se *berreó* (4) el maldecido,

Y dos señores muy llanos

Vinieron con cuatro alanos

A sorprenderme en mi nido.

Yo, como soy muy cortés,

Excusé su compañía,

Hasta que vi no podía

Ni por manos ni por piés.

No se llevaron mal chasco :

Seis pobretes..... la del humo.....

Que por ahí andan presumo ;

Yo aquí á la sombra me rasco.

Por ellos me dí á partido ;

Dando largas ello irá ;

(1) Jóven, nuevo.

(2) Juez. *No te gruñirá el bari*, el juez poco te ha de hacer.

(3) Delator.

(4) Hablar más de lo que conviene.

Que no los traigan acá,  
Y nada se habrá perdido.

Tú, pobrecillo, reserva  
Lo que ahora vas á saber,  
Que en el mundo hay que aprender  
A sentir crecer la hierba.

El que lo gana lo jama (1);

A buscársela, hijo mio ;

A hacer tú mismo tu avío,

Que el que no llora no mama.

Y tú, para tí has de hacer.

Yo te pondré en buen camino.

Hijo, si tienes buen sino,

Pan te queda que roer.

Los seis pobretes..... más plata

Valen que ha dado el Perú.

Son muy gentes: verás tú,

Seis meloncitos de cata;

Muy hombres, muy campechanos.

No porque yo los alabe;

Pero, es cosa que se sabe,

Como las suyas no hay manos.

Saladilla te dirá

Lo que has de hacer: ¡malos mengues (2)!

Te lleven á tí y sus dengues,

Que tan derretida está!

Los seis pobretes reciben

Tambien de este pobre viejo

De cuando en cuando un consejo,

Y, Adán, como pueden viven.

Yo bien te quisiera dar

Rentas y capellanía ;

(1) Comer.

(2) Diablos.

Pero el que no tiene usía  
Se lo tiene que ganar.

El refran dice, hijo Adan,  
Que Dios es omnipotente  
Y el dinero es su teniente,  
Y que sin el din no hay dan.

Con que salud, y andar vivo,  
Que por tu bien tengo empeño,  
Y adios, que ya viene el sueño:  
Cada mochuelo á su olivo.

Quedóse Adan, miéntras espera el dia,  
Rumiando las palabras del bandido.  
Pasar el mundo en confusion veía  
Con loca fiebre y delirante ruido;  
Luégo, en grata embriaguez su fantasía,  
Embargándole el sueño su sentido,  
La imágen en vision encantadora  
Le trajo amor de la mujer que adora.

Grata vision, que venturosa calma  
Su loco enajenado pensamiento,  
Que trae regalo y esperanza al alma,  
Ignorado deleite y sentimiento;  
En mitad del desierto umbrosa palma  
Que templa su calor calenturiento,  
Y á cuyo pié el viajero se reposa  
En paz de amor y languidez sabrosa.

Vision en cuyos brazos descansando,  
Su oscura cárcel y ansiedad olvida,  
En jardines de rosas respirando  
El encantado aroma de la vida:  
El alma allí con movimiento blando  
En el columpio mágico mecida  
De su propia ilusion, cuenta un tesoro  
De esperanzas sin fin, de ensueños de oro.

Alma jóven y pura, que suspende  
En la region del aire un devaneo,  
Y que en su propia luz la luz enciende,  
Y da forma y vision á su deseo.  
La atmósfera tal vez ruda le ofende  
Del ignorado mundo y su mareo;  
Más si siente sus puntas dolorida,  
Su propia juventud cura su herida.

Que hay en el alma, cuando nueva agita  
Sus áureas alas, una fuente pura,  
Que alegre riega la ilusion marchita  
Y renueva su fuerza y su hermosura;  
Bebiendo de ella el corazon palpita,  
Hasta que al fin secándose la apura,  
Y en vez de la ilusion se alza la pena  
Que el manantial purísimo envenena.

Así en su propia alma su consuelo  
Halla el mancebo, y de la pura fuente  
Con las aguas de vida su desvelo  
Templa, y el sueño perezoso siente:  
Y luégo, en alas de su propio anhelo,  
De la amada mujer cruza en su mente  
La blanca imágen que, por más delicia,  
Amorosa le besa y le acaricia.

Brilló entre tanto, si decirse puede  
Que brilla en una cárcel nunca el dia,  
Donde á su luz la sombra nunca cede,  
Ni un rayo el sol al corazon envía;  
Donde la tregua que al dolor concede  
Un breve sueño con crueldad impía  
Rompe la aurora, y vuelve á su faena  
El cautivo amarrado á su cadena;

Donde las horas hilan su tejido  
Sin enredar tal vez una esperanza,  
Y el tiempo al parecer pasa dormido

Sin señales de alivio ni mudanza;  
Donde tal vez el término cumplido  
Que la ilusión del desdichado alcanza,  
Es en su ruda, inexorable suerte,  
En un suplicio una penosa muerte;  
Donde..... pero tambien el hombre olvida  
Allí su pena en su locura insana;  
Rie y canta, y devánase su vida  
Que entre el ayer se enreda y el mañana.  
La llaga del dolor adormecida  
Templa un olvido, una esperanza vana,  
Que es el presente lago alborotado,  
Do el porvenir se enturbia y lo pasado.

La causa en tanto en un rincón dormía,  
Sin cuidarse de Adán el escribano,  
Y un año largo de prisión corría,  
Y nadie de él se acuerda; y un verano  
Y otro pasará, y ciento, y pasaría  
Un siglo entero, y mil, y todo en vano;  
Situación en las cárceles no extraña,  
Gracias al modo de enjuiciar de España;

Cuando la hermosa que al mancebo adora  
Quién sabe cómo, acaso malamente,  
Logró de la pereza vencedora  
Del juez que diese á Adán por inocente.  
Vista la causa, en fin, llegó la hora  
De darle libertad, y delincuente  
No pudiéndole hallar, le sentenciaron  
Las costas á pagar que otros causaron.

Las costas, pues, con otras bagatelas  
Pagó de sus ahorros la Salada;  
Cálzase el escribano las espuelas,  
La causa aviva, y la dejó *zanjada*.  
¡Oh! ¡cuánto, amor, el corazón desvelas  
De una hermosa mujer enamorada!

¡Cómo voló á la cárcel aquel día  
Rebosando de nuevo la alegría!

Párase ante la cárcel, precipita  
Acá y allá agitada sus paseos,  
Frenético su espíritu se agita,  
Sueña su alma amantes devaneos,  
Un siglo en su ansiedad loca, infinita,  
Cuentan cada minuto sus deseos,  
Allí esperando á que el escriba venga  
Y oír gritar: «Adán con lo que tenga» (1).

Llegó por fin el anhelado instante,  
Corrió á la reja la feliz manola,  
Toda turbada látele el semblante,  
Que amor con mil colores arrebola;  
Y trémula la mano, y anhelante  
Con un ánsia no más y una idea sola,  
Entre la verja entrándola la agita,  
Y con el gesto y con la voz le grita.

Y como tigre que, acechando hambriento,  
Tal vez descubre presa en la llanura;  
Y en arco el cuerpo arrójase violento,  
Salta, y entre sus garras la asegura;  
No con ánsia menor, al dulce acento  
Que entrando hasta en sus tuétanos murmura  
El mozo corre adonde ve su bella,  
Que al traves de la reja se atropella.

¡Oh del primer amor dulces escenas  
Que presencia risueño un escribano!  
Palomas inocentes de amor llenas  
Que se huelgan delante del milano!  
Romped, en fin, romped esas cadenas

(1) Grito con que en la cárcel llaman al preso que ponen en libertad; el mismo grito sirve para llamarlo y ponerlo en capilla.

Con que el destino os separó tirano,  
Y otras os teja de amorosas flores  
El buen Dios protector de los amóres.

Abrazó Adan al redomado viejo,  
Honrado padre de su amada prenda,  
El cual, frunciendo el rígido entrecejo,  
Le apartó donde nadie los entienda;  
Y á solas repitiéndole el consejo  
De la noche anterior, le recomienda  
Prudencia y tino y ánimo en la vida,  
Y le abraza otra vez por despedida.

¡Cuánto júbilo al alma y alborozo,  
Cuánto loco placer, cuánta alegría  
Sintió alterado el indomable mozo  
Libre al mirarse y á la luz del día!  
Las artérias palpitante de gozo,  
Baña la luz su audaz fisonomía,  
Y, de contento el corazón deshecho,  
Suena á sus golpes conmovido el pecho.

Y ella veloz con su ademan de maja,  
Su planta firme y su gentil soltura,  
La calle al lado de su amante baja  
Llamando la atención su donosura;  
Y ambos en medio á la común baraja  
De gentes que atraviesan con presura,  
Y que á su garbo y gentileza atienden,  
Ojos á un tiempo y corazón suspenden.  
Y él al mirarse al lado de su bella  
Y al tocarla tal vez su tacto es fuego,  
Fuego que lanza vivida centella  
Que el alma y corazón penetra luego:  
Páranle á un tiempo su ignorancia y ella,  
Que contiene su ardor con blando ruego:  
Y acaso su ardimiento también doma  
Cuando recuerda la pasada broma.

Que ha comprendido Adan que aquella gente  
Que él con recelo y cuidadoso mira,  
Es acaso la misma que inclemente  
Piedras y lodo al inocente tira;  
Y cual furioso loco va impaciente  
Junto al loquero que temor le inspira,  
Así la rienda puesta á sus arrojés,  
Gira en redor sus recelosos ojos.

Un pobre cuarto bajo en una casa  
Pobre, la moza en Avapiés habita,  
De baja planta y de fachada escasa,  
Limpia por dentro y de esmerada cuita.  
La llave con incierta mano pasa,  
Y el mancebo feliz se precipita  
Tras ella en la mansion, que amor ahora  
Con tintas mil de su ilusión colora;

Tintas que bañan en su lumbré pura  
La pobre estancia con celeste encanto,  
Vertiendo en torno aromas de dulzura  
Que amor derrama de su aéreo manto;  
Morada acaso triste, acaso impura,  
Mas de la dicha ahora templo santo,  
Convertido en eden de ricas flores  
Al soplo germinal de los amóres.

Que solo allí con la mujer que adora,  
Cuya hermosura la mansion encanta,  
Bastan apenas al mancebo ahora  
Los ojos á admirar belleza tanta;  
Y el fuego que frenético atesora  
El corazón y su vigor levanta,  
Y su inquietud redobla fulminante,  
En ráfagas de luz brota al semblante.

Y entre sus manos trémulas su mano,  
Sus labios devorándose encendidos,  
Al rudo impulso y al furor tirajo,

De sus tirantes nervios sacudidos,  
El, ignorante en su delirio insano,  
Respondiendo latidos á latidos,  
Al corazón la aprieta, el juicio pierde,  
La besa hambriento y con placer la muerde.

Y una nube quimérica ya vela  
Sus sentidos, y vaga y vaporosa,  
Placer, deleites y delirios cела,  
Y confunde su dicha vagarosa;  
Y la hermosura disipada vuela  
De la mujer que espárcese amorosa;  
Y donde quiera él gusta, toca y mira,  
Dicha, hermosura é ilusion respira.

Aire que con riquísimos olores  
Baña su negra cabellera riza;  
Luz vagarosa y blanda que de amores  
En los húmedos ojos se desliza;  
Voluptuosa niebla de colores  
Que un deliquio dulcísimo matiza,  
Los cerca en derredor, embebecidos  
En su lánguida mágia los sentidos.

Amor encuentra en su sabrosa boca,  
Y en sus ojos de amor amor respira;  
Afan de amores en su frente loca  
Latir contempla si á su hermosa mira;  
Furor ardiente que al amor provoca  
El en su aliento abrasador aspira;  
Y ella á su furia y su pasión demente  
Doblar su amor, al estrecharle siente.

Y amor en voluptad se desvanece,  
Y va á perderse en el remoto cielo,  
Que hasta allí disipándose parece,  
Que elevan sus espíritus su vuelo;  
Y el aura del deleite que las mece  
Y confunde sus almas en un velo,

Cubriéndolas de gloria y de ventura,  
Allá las alza en sueños de dulzura;  
Sueños que en torno en formas nacaradas  
Vagos acá y allá revolotean,  
Y en las venas latiendo arrebataadas  
Entre la sangre trémulos serpean.  
En los rígidos nervios desplegadas  
Sus alas placidísimas ondean;  
Sobre la frente bulle su armonía,  
Y ofuscan con su luz la fantasía.

Genios de amor, deidades de hermosura,  
Donde la juventud, nuevas creaciones,  
Que en el primer placer el alma pura  
Llueve desde su cielo de ilusiones;  
Inmenso amor, riquísima ventura  
Que ignoran los mortales corazones  
Que el varonil vigor aún no han sentido  
Y está el candor de su niñez perdido.

¡Oh! A su inocencia, á su infantil pureza  
La fuerza juvenil junta el mancebo,  
Nueva á sus ojos es tanta belleza,  
Nuevas sus ansias y su goce nuevo;  
Antes que la ilusion en su cabeza  
Seque el deseo con picante cebo,  
Dicha, ilusion, amores y delicias  
Se atropellan en él con sus caricias.

Y allí en tropel, cual vierte su rocío  
En las mañanas del Abril la aurora  
Sobre las verdes ramas del sombrío  
Y en las pintadas flores que enamora;  
Al alma y cuerpo con amante brío  
La turba de placeres voladora,  
Que en torno en algazara se levantan,  
En círculos de júbilo la encantan.

Olas que van y vienen en su mente

Son sus alborotados pensamientos,  
Confusos todos en tumulto ardiente;  
Brotando el corazón sus sentimientos;  
Y al armonioso estrépito latente  
Absortos los sentidos, los violentos  
Impulsos del amor muestran pasmados  
En éxtasis de gozo arrebatados.

¡Oh, cómo vibra y en acorde canto  
El alma de ella al alma de su amante!  
¡Oh, cómo tanto amor, delirio tanto  
Se retrata en su célico semblante!  
¡Oh, cuál le presta su ignorado encanto  
Su espíritu á su espíritu flotante,  
Como el arco del músico se agita

Quando violenta inspiración le excita!  
Que, como cuando arrebatado azota

Al muelle mar el huracán violento,  
Las apiñadas olas que alborota  
A merced van del combatido viento;  
Así en la llama eléctrica que brota  
El alma en cada nuevo sentimiento,  
Envuelta el alma ajena y sacudida  
Vaga á merced de la pasión perdida.

Y ahora que así las almas considero  
Préstándose placer, gloria y ternura,  
Pararme un punto y lastimarme quiero  
De mi propio disgusto y desventura;  
Que ya gastado de mi ardor primero  
El tesoro riquísimo se apura,  
Y en mi amargo dolor continuo lloro,  
Perdido malamente aquel tesoro.

Aunque por otra parte me consuela  
No tener ya que ir como iba un día  
A escape con el alma y dando espuela  
Al alma que en mi curso antecogía;

Ni soñada esperanza me desvela,  
Ni doy crédito ya á mi fantasía;  
Y si de amor no late el pecho mío,  
También en cambio á mi placer me hastío.

¡Oh, bendita mil veces la experiencia,  
Y benditos también los desengaños!  
Piérdese en ilusión, gánase en ciencia;  
Gastas la juventud, maduras años.  
Tanta profundidad, tanta sentencia,  
Tantos remedios contra tantos daños,  
¿A qué los debes, mundo, en tanta copia,  
Sino á la edad y á la experiencia propia?

¿Y habrá tal vez alguno que sostenga  
Que no vale la ciencia para nada?  
¿Y habrá menguado que á probar nos venga  
Que está la vida en ilusión cifrada?  
¿Pues hay cosa que más nos entretenga  
Que medir de los astros la jornada,  
Y saber que la luna es cuerpo oscuro,  
Y aire ese cielo al parecer tan puro?

¡Viva la ciencia! Viva, y si en el mundo  
Perdiste ya del alma la energía,  
Y en ella guardas con dolor profundo  
Algun recuerdo de un dichoso día;  
Con viva aplicación, meditabundo,  
Engólfate en los libros á porfía,  
Que aunque ellos nunca calmarán tu pena,  
Al menos te dirán qué es luna llena.

Y entre tanto vosotros, los que ahora  
Pinté embriagados de placer y amores,  
Gozad en tanto vuestras almas dora  
La primera ilusión con sus colores;  
Gozad, que os brinda la primera aurora  
Con el jardín de sus primeras flores;  
Coged de amor las rosas y azucenas

De granos de oro y de perfumes llenas.  
Y sed vosotros isla de verdura  
Donde repose yo cansado y yerto,  
Del sol que ennegreció mi frente pura  
Y del árido viento del desierto:  
Idea de suavísima dulzura  
Vosotros sed, do el pensamiento incierto  
Fije su vuelo, y vuestro aroma blando  
Venga á mi corazon, su afan templando.

## CANTO V.

### INTERIOR DE UNA TABERNA EN EL AVAPIÉS.

En un rincón, junto á una mesa, Adán con la Salada:  
ella contemplándole con recelosa curiosidad, él distraído. Grupo de majos á un lado, grupos de manolos y manolas que danzan. Un hombre, con traje mitad seglar, mitad eclesiástico, flaco, ruin de estatura, chato, lampiño, pellejo arrugado, pelo pobre, rojizo, chisgaravís, repugnante, toca la guitarra. Su edad cuarenta años (1).

#### UN MANOLO.

Buen ánimo, padre cura,  
Vamos, otra seguidilla.

#### PRIMERA MANOLÁ.

¡Qué sería está Saladilla!

(1) Si modelo y dechado de todas las virtudes son el mayor número de nuestros sacerdotes; en todos tiempos, y especialmente en los malaventurados que corren, ha habido y se encuentran algunos miserables, hez y escoria de tan respetable clase. El lector se acordará también, como nosotros, de haber hallado en su vida alguno que, haciendo gala de su desvergüenza, se parecía quizá al mezquino ente que aquí tratamos de describir.